

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr. José D. Monsalve
al entregar la presidencia de la Sociedad Bolivariana
de Colombia al nuevo presidente de la misma
Sociedad Dr. Guillermo Valencia, el día 24 de julio

Excmo. señor:

Habiéndose constituido la Sociedad Bolivariana de Colombia entre otros objetos con el de contribuir por cuantos medios estén a su alcance al mejor conocimiento de la múltiple figura del Libertador Simón Bolívar y exaltar su memoria en todos los países, principalmente en las repúblicas que él fundó, es evidente que no hay mejor razón para que nuestros Estatutos y Reglamento ordenen se verifique una sesión solemne el día 24 de julio, natalicio del eximio caraqueño cuya gloria iluminó todo el continente americano y hoy es faro esplendoroso que atrae la admiración universal, sesión en que a la vez entren los nuevos dignatarios a encargarse de la gerencia y demás actuaciones concernientes a la vida y prosperidad de la corporación.

Si es motivo de satisfacción y de orgullo para esta Sociedad haber tenido el lujoso acierto de elegir por aclamación para que presidan sus destinos a vos que tan digno sois del aprecio y consideración de nuestra patria, al Excmo. señor doctor Diego Carbonell, que tan dignamente representa en nuestro país a la gloriosa Venezuela, cuna del excelso personaje a quien hoy tributamos culto de amor y veneración, y a un distinguido Oficial General de nuestro ejército, el General don Manuel Dousdebés, escogidos entre un personal que cuenta con muy prestantes y esclarecidos consocios, tan eficientes como decididos y entusiastas bolivarianos, más satisfecho y orgulloso me siento yo al considerar que

esta sucesión de dignatarios es tan feliz augurio para nuestra Sociedad como enaltecedora para los que entregamos el puesto; principio de filosofía social es que a los antecesores se les juzga y estima por sus sucesores.

Sabréis, señor Presidente, que recibí el honor de presidir este cultísimo instituto sin merecer tal distinción, sin título alguno para ello, viniendo a suceder al doctor Daniel Arias Argáez, uno de los caballeros distinguidos en nuestras altas esferas sociales, aquilatado por su ilustración, su cultura, su temperamento eucrático y su dilección a las glorias de la patria y muy especialmente a las del gran Simón Bolívar. El supo mantener con pulcritud y dignidad el fuego vivificador de esta corporación, y fue a él a quien debimos que la Bolivariana colaborara por modo verdaderamente laudable en el centenario de la muerte del héroe máximo, cuyo natalicio celebramos en este momento. Para el buen nombre de nuestra Sociedad bien poco en cantidad ha sido lo hecho durante mi presidencia en el transcurso del mes de febrero último a hoy; pero en calidad tenemos de qué ufanarnos. Debo sí advertir que se ha cumplido lo que al recibirla dije a mi ilustre trasmisor: que aceptaba el cargo aunque reconocía mi incapacidad, porque confiaba en la colaboración de nuestros colegas. No me engañé, y cumplo con el deber de expresar aquí mis más cordiales agradecimientos a mis apreciados y muy eficaces colaboradores, no solamente a los que de manera efectiva me acompañaron en la Comisión de la Mesa, mas igualmente a nuestro Presidente Honorario Excmo. señor doctor José Lefebre, Ministro Plenipotenciario de Panamá, república a quien aplicaré la frase bíblica diciendo que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos; al inteligente y distinguido profesor doctor J. Upegui Villa que en ningún momento nos

esquivó sus buenas y muy provechosas actividades; y a todos los demás que con gusto desempeñaron las comisiones de que fueron encargados.

Vengamos ahora, señor Presidente, a la celebración que hoy se hace en Caracas, en Venezuela toda, en Colombia, en el Ecuador, y tal vez en casi toda la América española; porque es el día en que se conmemora el nacimiento del hombre que dio lugar a acontecimientos que tiempo tras tiempo y fecha tras fecha se recuerdan como si todos los hombres tuvieran abierto en su mano el libro de las efemérides de la historia universal. Páreceme a mí que si la primera sonrisa o el primer quejido de un niño tuviera alguna trascendencia en los acontecimientos humanos desde el primer momento en que ve la luz, al punto en que doña Concepción Palacios de Bolívar agració al mundo con ese eviterno fruto de su sér debió crugir el trono español como sintiendo que se arrancaba la mitad de la monarquía en cuyo horizonte no se ocultaba el sol; la heroica nación de la esclarecida Isabel, bajo cuyo cetro comenzó la civilización del mundo de Colón, debió contemplar con orgullo bien justificado cómo su raza, su dulcísimo idioma, su bendita religión y sus costumbres jurídicas daban origen a una familia de naciones soberanas cuyas influencias, actuaciones y progresos se hacen sentir dondequiera que esplende la aurora y ruge el proceloso océano; y las montañas, los volcanes, los anchurosos ríos, las ciudades y las aldeas de las colonias españolas debieron conmoverse ya de júbilo, ya de dolor, o bien de estupor y confusión como pronóstico de ocurrencias no esperadas.

Mañana, Excmo. señor, dondequiera que se oiga el nombre de Simón Bolívar se hablará de la soberanía de los países que constituyen la familia internacional de América; se recordarán las portentosas hazañas militares que dieron libertad a medio mundo; se traerán

a la memoria Boyacá, Carabobo, Bomboná, Junín y otras victorias inmortales con Pichincha y Ayacucho, cantadas por los poetas, elogiadas por grandes técnicos de la ciencia militar y narradas laudatoriamente por los historiadores; se admirará la influencia que aquel político admirable pudo tener en la formación del derecho internacional americano y en las lucubraciones más o menos determinadas de los sociólogos y de los que profesan la etnografía; se harán comparaciones y paralelos de la figura del Padre de la Gran Colombia con las de Cromwell, Washington, Napoleón, San Martín o con las de Alejandro, Anibal y César; pero a mí me parece que aquellas glorias marciales y políticas tan brillantes, tan dignas de alabanza y más que suficientes para hacer la inmortalidad del héroe extraordinario, tan inmortal como son las naciones a que dio el sér y la libertad, a mí me parece—digo—que esas glorias no nos las dejan percibir a nuestros oídos las detonaciones de las fusilerías, el ruido atronador de los cañones, el tañer penetrante de trompetas y clarines, el bullicio de las multitudes agradecidas que aclaman al victorioso caudillo, los himnos triunfales, los vivas de las damas que arrojan desde los balcones, a las sienas del vencedor, hermosas coronas de flores y laureles.

Los resonantes triunfos políticos y las espléndidas victorias marciales de Simón Bolívar enumeradas se encuentran en las obras de historia y en artículos simplemente literarios escritos y publicados en varios idiomas, así como en millares de discursos; los pregonan estatuas, bustos, retratos y medallas erigidos y expuestos en casi todas las capitales y otras ciudades de los países sudamericanos, muchas de esas efigies desde en vida del Libertador, así como en Washington, Hamburgo, Berlín y otras ciudades extranjeras; una respetable nación lleva el nombre del egregio epónimo que le dio vida y soberanía, como lo llevan varias ciuda-

des, villas y aldeas, plazas, calles y otros puntos no solamente americanos sino también del viejo mundo, como ocurre en Londres, París, Madrid, Roma. Ese insigne varón que en sus primeras inspiraciones respiró las brisas embalsamadas del Avila y del Guaire vino dotado de una inteligencia tan lúcida y comprensiva que en sus eminentes capacidades hallaba recursos para instituciones de carácter social y de derecho administrativo que abarcaban todos los ramos o asuntos con que un hombre de Estado puede preparar la bienandanza y engrandecimiento de los pueblos, y por eso las academias, las universidades, los colegios y las asociaciones científicas, las industriales y las de todo orden cultural encuentran razones para encomiarlo, para estudiarlo y comprenderlo; y como nació dentro del catolicismo y fue bautizado en esa religión, y en ella se confirmó y a ella perteneció por doctrina, profesión, convicciones y prácticas no desmentidas, y aun protegiendo a la Iglesia católica, también la liturgia aclamó su nombre en los altares y la cátedra sagrada le ha dedicado elogiosos panegíricos, y se le ha glorificado con los alegres clamoreos del bronce que esparce la voz de los templos y de las grandes catedrales.

Muy grande, inmensa, causa de entusiastas exaltaciones patrióticas y digna de las mayores alabanzas es la gloria de la excelsa personalidad que hoy cumple siglo y medio de existencia y cuya figura, delineada desde hace muchos años por un humilde predicador del Perú, va creciendo con los tiempos como crecen las sombras a medida que va declinando el sol, o como dijo el poeta:

«Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
las coronas de un dios son tus coronas,
y el inmenso raudal del Amazonas
las aguas que fecundan tu laurel».

¿Cuáles los motivos, el áureo e incommovible fundamento de aquella gloria admirada hoy en todo el mun-

do civilizado? Ni las proporciones de estas palabras, ni la ilustración de quienes me escuchan me permiten traer nociones muy sabidas de aquellos que han conocido siquiera los rudimentos de nuestra historia. Sólo quiero hacer resaltar el relieve del que envuelto en el Iris de Colombia escaló la impoluta cimera del Chimborazo, diciendo que la vida de Bolívar fue un constante y permanente sacrificio y que fue éste el crisol purificador que a esa gloria le dio la más coruscante brillantez. No es hora de rememorar aquí todos los sinsabores y tormentos que le ocasionaron las vicisitudes políticas de cuya malhadada historia todos tenemos conocimiento; y solamente reflexionaré sobre que su grandioso, su sublime ideal de la existencia de la Gran Colombia, libre, soberana y feliz por la prosperidad que le ofrecían los dones que Dios y la naturaleza le han prodigado, fue únicamente, por causas que el mismo Libertador comprendía y quiso conjurar, la ilusión de un corazón enamorado: los mismos a quienes enorgullecía y glorificaba la creación de una mente preternatural y cuasi divina la destruyeron por modo trágico; y no fue ése su gran dolor, el único dolor que lo llevó al sepulcro, sino también el que, al penetrar con mirada escrutadora en lo futuro, le hacían sentir otras desgracias que han atormentado a la América latina. Pero la escisión de la Gran Colombia no fue, Excmo. señor, para los que hoy tributamos esta oblación de gratitud, más que un fracaso geográfico o una separación convencional de soberanías de derecho público: el gran pensamiento, el gran resultado de la poderosa mente y de la inmarcesible gloria de Simón Bolívar, permanece incólume y se hará todos los días más hermoso y duradero en las aspiraciones y sentimientos de los pueblos libertados por la fulgurante espada que hizo flamear las banderas republicanas desde el mar de las Antillas hasta los confines de la Patagonia.

Por estas razones pienso que diciendo los Estatutos de la Sociedad Bolivariana de Colombia que, entre otros fines, comprende el de «dilatarse la idea de acercamiento entre las naciones de origen hispano, sobre la base de confraternidad y justicia, en el anhelo de verla prácticamente realizada algún día», se alcanzará que esta corporación lleve sus proyecciones no solamente a realizar la múltiple figura del Libertador y Padre de la Gran Colombia, sino también a lograr una solidaridad eficaz en los intereses morales y políticos de los países latino-americanos (de política alta y grande como son los problemas que hoy preocupan a todas las naciones), para que se realice esa confraternidad dentro de la justicia, noblemente propuesta en el artículo 1.º de nuestros Estatutos.

¿Y a quién mejor que a vos podría la Sociedad Bolivariana de Colombia confiar los ideales que persigue? Vuestro immaculado y probado patriotismo, vuestra soberana inteligencia y riquísima ilustración, vuestro nítido sentido moral y la excelencia de vuestro espíritu, al propio tiempo que vuestro culto a la memoria del Libertador y la profunda agudeza con que lo habéis comprendido, son la garantía de esos ideales y la seguridad del éxito de esta corporación. Los señores vicepresidentes que os acompañan son, por otra parte, dignos, muy dignos de ser vuestros colaboradores; me es grato rendir tributo de reconocimiento a las altas y hermosas cualidades que los distinguen.

